

## INSTITUCIONES DE GOBIERNO DEL NUEVO REINO DE GRANADA DURANTE EL SIGLO XVIII

Por JOSE MARIA OTS CAPDEQUI

Universidad Nacional de Colombia. 1950. 380 páginas.

Con verdadero alborozo celebramos la aparición de este libro del eminente profesor y publicista que ha dedicado sus talentos y su vida al estudio del derecho español e indiano.

Siempre hemos lamentado la ausencia de obras histórico-jurídicas fundamentales, destinadas al esclarecimiento de una época tan interesante por su duración y por su decisiva influencia en la formación de nuestra nacionalidad, como lo es el período colonial. Nos faltan cedularios, bularios, colecciones de documentos inéditos que den bases seguras al crítico de historia, de derecho o de sociología. La independencia y la república, por razones fácilmente comprensibles, han sido suficientemente estudiadas, mientras que pocas investigaciones de fondo se han realizado sobre las instituciones coloniales y los personajes que más influyeron durante esa época. El crítico tiene que ser a la vez paciente investigador y acudir a los documentos de primera mano del Archivo Nacional.

El profesor Ots Capdequí —recientemente elegido miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia— ha despertado en nuestros círculos universitarios afición e interés por las instituciones jurídicas hispano-indias y ha hecho volver los ojos de los estudiosos hacia esas fuentes primeras de nuestro derecho. A la ya larga serie de publicaciones sobre estos temas que interesan por igual a la América Hispana, ha venido a agregar el libro que comentamos, de una importancia peculiar para Colombia.

En su libro "Nuevos aspectos del siglo XVIII Español en América", publicado en Bogotá en 1947, había tratado ampliamente sobre el régimen municipal, la administración de justicia y el régimen económico y fiscal. Por eso se limita a estudiar todo lo referente al gobierno político y administrativo del Estado Español durante el siglo XVIII en el territorio del Virreinato de la Nueva Granada. Se ha elegido como centro de investigaciones, el siglo XVIII por la decisiva importancia que tuvo el régimen

español de los Borbones en América, debido a la entronización de una política absorbente, dominada por la desconfianza, que ponía todos los hilos del gobierno en manos de los monarcas. Despotismo ilustrado que a su vez abrió el camino a la emancipación.

El autor analiza minuciosamente el funcionamiento de las Reales Audiencias y sus relaciones con los virreyes; el gobierno de éstos y de los gobernadores; la actuación de los corregidores y alcaldes mayores, y las normas que regulaban la provisión de los oficios públicos. En una palabra, el lector se da perfecta cuenta de todo el engranaje de tan complicada maquinaria con que el gobierno español mantenía el dominio de sus colonias.

Si bien la obra tiene una importancia general para América, los testimonios documentales se refieren especialmente a la Nueva Granada. En esta forma el autor combina armónicamente los hechos regionales con doctrinas y normas que tienen trascendencia más universal. Aunque en el prólogo se hace resaltar de preferencia el mérito del investigador que presta elementos de juicio al erudito interesado en este género de estudios, no es menos cierto que el certero criterio histórico y jurídico del profesor de larga carrera, va aprovechando admirablemente esos materiales para estructurar una tesis y sentar una doctrina. En esto radica, a nuestro parecer, el mérito especial del libro que une la labor paciente del investigador escrupuloso con la capacidad analítica del crítico.

En algunos aspectos se puede disentir de la opinión de Ots Capdequí, pero siempre reconociendo su probidad mental, la elevación de su criterio, y la autoridad que presta a sus interpretaciones personales la copiosa cita documental.

Para el Colegio Mayor del Rosario es particularmente grato asociarse a las merecidas felicitaciones que ha recibido el autor de este notable volumen, pues que desde hace años viene regentando con lujo de competencia, la cátedra del Derecho Español e Indiano en nuestra Facultad de Jurisprudencia.

RAFAEL GOMEZ HOYOS

\*  
\* \*

## BOLIVAR

Por INDALECIO LIEVANO AGUIRRE

Editorial El Liberal. 1950.

En edición que no corresponde a la grandeza del personaje central de la obra, ha aparecido recientemente el libro de Liévano Aguirre, bautizado con una sola palabra: Bolívar. Es el segundo que publica el joven y ya célebre historiógrafo que dedicó sus primeras armas a la gran figura de Núñez.

Déjase ver que Liévano Aguirre no emplea su esfuerzo en cosas pequeñas que a otros producen no pocas horas de solaz; él se va por lo alto de la historia, porque tomando como meta la vida y obra de los grandes hombres, sabe que en ellas se encierra la parte más saliente de los anales de un pueblo, y que alrededor de esos ejemplares se mueven y actúan muchos de los que siendo igualmente notorios por sus grandes servicios, pasan a segundo plano ante lo excelso de la labor de los jefes. No está lejano el día en que la pluma de Liévano Aguirre nos presente un Santander, un Tomás Cipriano de Mosquera, un Murillo Toro, un Rafael Reyes, aunque sospechamos que estos personajes no encajan bien en su concepción de historiador por carecer de cierto romanticismo amoroso que produce en Liévano Aguirre la fruición de placer cuando narra con lujo de detalles aquellas páginas que destina a las mujeres que amaron a Bolívar y a Núñez. Y Liévano Aguirre no se contenta con el romanticismo, sino que penetra en terrenos de una realidad que asusta a su edad, pues aparece como un consumado psicólogo y analista que no tiene empacho en dar por consumadas las grandes pasiones cuando apenas si podría hablarse de anhelos confesables.

Sin dejar de reconocer que la mujer, en su vida de relación con el hombre, ha sido en múltiples casos motor decisivo de grandes acciones, no vamos hasta creerla indispensable para llevar a la cumbre. Otros motores hay, más elevados, que guían la voluntad, y no es la gloria la menos importante como en el caso del Libertador, y la unidad nacional como en el caso del solitario del Cabrero. Sólo que lo que es común a la naturaleza humana, se quiere presentar con caracteres de alta comedia cuando se trata de ejemplares rodeados de singularidad. A las biografías de Bolívar y Núñez no hacen falta sus lances amorosos para colocarlos en el sitio que les corresponde por el pensamiento y la acción; pero al escribir sobre estos hombres, hay historiadores —y no nos referimos solamente a Liévano Aguirre— que se deleitan en ofrecer figuras femeninas con aureola de virtud, cuando apenas podría decirse de ellas, como quería el arzobispo González Suárez, que su vida fue un ataque constante a la moral. Y esos personajes, así presentados, así enzalsados, así glorificados, van sirviendo de lección a la juventud, haciéndole perder aquellas nociones que son la base de la educación de los pueblos.

Pero volviendo sobre el libro de Liévano Aguirre, diremos que viene a sumarse a la rica colección bolivarista o bolivariana, sin que el tema se agote porque es tal la fecundidad del genio del Libertador, que siempre dará ocasión a nuevos y originales estudios. No es éste de Liévano Aguirre original, ni se detiene en anotar las fuentes que le sirven de apoyo a sus puntos de vista; ni trae en sus páginas nada que pueda sorprender a los conocedores de la gesta emancipadora, ni marcha con método progresivo riguroso que permita fijar la lección sobre cada materia; pero en cambio —y aquí puede estar el mérito de su obra— aprecia en su justo valor la grandeza del héroe y lo mueve por el continente con pasos de gigante, y lo muestra como dominador de la geografía y de la historia y como el más profundo conocedor de los hombres y de los pueblos americanos. La constancia, que es la voluntad puesta en movimiento, produjo este ejemplar de rara selección, y a ella sometió Bolívar su vida entera

con un solo punto de mira: la libertad. Esta es la síntesis que se deriva del libro de Liévano Aguirre, y ya es mucho que escritores como este que por sus ideas políticas pudieran pensar de modo distinto, se sientan atraídos por la verdad y la justicia y no tengan miedo en confesarlas.

Que erró el Libertador en muchos de sus actos políticos y guerreros, nadie lo niega hoy, pero esos errores, considerados a la luz de la época de la revolución, tienen su explicación y hasta pueden considerarse muchos de ellos como necesarios para fundar la libertad. Atajar a Miranda es pecado que fácilmente no se le perdona al Libertador en Venezuela, pero si no hace lo que hizo en emergencia semejante, no hubiera sentido sobre sí la responsabilidad suprema de la contienda; la declaratoria de la guerra a muerte en 1813 es acto que no ha merecido la aprobación de muchos, pero si no la declara en aquellas terribles circunstancias, los pueblos de Venezuela no hubieran comprendido que la independencia y la libertad, para que perduren, hay que amasarlas con sangre; el haber fusilado a Piar fue acto de que el mismo Bolívar llegó a arrepentirse en momentos de honda decepción política, pero contuvo con aquella sentencia el levantamiento de los hombres de color y la división en las filas del ejército republicano; el haber perdonado a Páez por las revueltas de Valencia, ha sido página perenne de censura de sus enemigos, pero si en vez del perdón lo hubiera sometido por la fuerza, habría peligrado desde entonces la unidad de la gran Colombia y encendido la guerra civil en Venezuela; se le tacha de haber simpatizado con la idea de la monarquía, pero en aquellas circunstancias políticas no fue sólo Bolívar quien pudo pensar en el cambio de formas de gobierno, sino que muchos lo fueron, y no sólo en Colombia y Venezuela, sino en otros países de Suramérica: era que el partido de la demagogia hacía imposible el orden en el gobierno. Y podríamos continuar indefinidamente, pero qué contraste el que presentan estos errores al lado de la grande obra de la emancipación y de aquellos postulados que hoy mismo se tienen como providenciales en el pensamiento de Bolívar.

No hay duda alguna de que las ideas en Liévano Aguirre fluyen a borbotones, y en esa forma suele exponerlas con detrimento de la claridad de los períodos, de manera que el lector tiene que hacer por él las pausas a que invita el sentido de la narración, defecto que le resta no poco interés al libro por las confusiones a que se presta. Quiero decir que Liévano Aguirre, de acuerdo con su temperamento, escribe muy a la carrera, y en su deseo de llegar al ocaso del héroe, descuida gemas preciosas que formarían un oriente adornado con magnífica luz.

En una segunda edición, estamos seguros de que el autor, con más recogimiento, llegará a corregir todo lo que en su libro representa cierta oscuridad conceptual, cierto apresuramiento y no pocos yerros de dicción y concordancia, que harán de su Bolívar una contribución apreciable en el altar de las letras históricas. Por hoy queremos felicitarlo. Obras como ésta son fruto maduro de una consagración que muchos envidian, y una señal de que Liévano Aguirre será, modelado por los años, un historiador novedoso por el estilo, novedoso por su modo de ver el desarrollo de América y por la manera de apreciar la actuación de las diferentes modalidades raciales en el conjunto de este hemisferio.

R. C.